ROMANCE NUEVO,

DE JULIAN DE PAREDES,

En el cual se refiere la asombrosa y conocida historia de Julian de Paredes, molinero de Triana, arrabal de Sevilla, el cuál desde su niñez fué enseñado á rezar todos los dias siete padre nuestros y siete ave Marías á la Santa Vírgen de Atocha, y aunque en el curso de su vida se dió á las malas compañías, que le arrastráron á los vicios y á las maldades, llegando hasta el punto de ser sentenciado á morír en alta horca; jamas descuydó la devocion de María Santísima: y esto le valió que por medio de esta divina señora se libró de aquel fatal apuro, y en su última emfermedad logró ver á la misma Madre de Dios siete dias ántes de morir; con todo lo demas que verá el curioso lector.

ROMANCE.

Todo Cristiano me atienda,
y escuche toda Cristiana:
verá lo que es ser devoto
de la Virgen Soberana.
Yo soy Julian de Paredes,
del arrabal de Triana,
que á la Ciudad de Sevilla
tan solo un puente se pasa.
No nací de padres nobles,
mas de buena gente honrada:
mi padre fué cerragero
en la Andalucía baja.
Mi madre era muy devota;
y así en mi primera infancia
me enseñó las oraciones
á la Vírgen sacrosanta.
Enseñado yo por ella,
todos los dias rezaba
siete humildes padre nuestros,
en postura arrodillada.
Cuando mi madre murió,
en los diez años yo entraba;
y mi padre, enfermo y viejo,
casi de mí no cuydaba.
Yo con otros de mi edad
cada dia me juntaba;
y á los malos preferia,
por ser mi inclinacion mala.
Jugábamos el dinero
que pillábamos en casa,
y á veces el que perdia,
nos lo pagaba á pedradas.
De estos juegos prontamente
pasamos á peores mañas,
metiéndonos en garitos,
y otras infernales casas.
Nos hicímos con taüres,
luego con mugeres malas,
y de semejantes gentes
aprendí todas las mañas.
Nunca fuí limpio en el juego,
que siempre jugué con trampa;
y siempre á costa de tontos
muy buena vida llevaba.
Pero como estos principios
siempre al precipicio arrastran,
un dia jugué con otro
que me llevaba ventaja.
Perdí cuanto yo tenia,
y viéndome ya sin blanca,
dos cientos duros jugué
solo sobre mi palabra.
Perdilos con lo demas,
y lleno de furia y rabia,
porque pagar no podia,
triste me desesperaba.
El demonio trajo entónces
un compañero á mi casa,
el cual viéndome tan triste,
me preguntaba la causa.
Contéle lo que tenia,
y que mucho recelaba
que el que me ganó el dinero,
á no pagar me matara.
Que era el tal un valenton
tan diestro en dar puñaladas,
que no habia quien con él
quisiese tener palabras.
Oyendo esto el compañero,
se alegró mucho en el alma,
porque de aquel valenton
tambien ofendido estaba.
Díjome entónces: Julian,
si espíritu no te falta,
yo te lo haré volver todo,
ántes que llegue mañana.
Dióme esto mucha alegria,
y como era tal mi rabia,
á todo cuanto me dijo
me allané sin repugnancia.
Deseaba aquel su muerte,
por saciar una venganza,
y para hacer tal empresa
compañero le faltaba.
Dióme los docientos duros,
paraque al otro pagara;
y otros mas para jugar,
que el perderlos no importaba.
Pero llevarle debia
á cenar conmigo en casa,
y darle en un plato polvos
que con su vida acabaran.
Hícelo todo á la letra,
que el otro no temió nada,
pues como era tan valiente,
ningun hombre le espantaba.
Comió y bebió á su placer,
mas pronto le diéron bascas,
y unos terribles dolores,
que su estómago doblaban.
Entró entónces en recelos,
y luego el puñal sacaba;
pero acudió el compañero,
que entró por cierta ventana.
Este le dió por detras
siete ú ocho puñaladas,
y ambos echámos su cuerpo
al rio, que alli pasaba.
Pillámosle su dinero,
y las llaves de su casa,
donde hallámos muchas joyas
y el oro en grande abundancia.
Cargámos con lo mejor,
comprámos luego dos jacas,
y con ello á estraño reyno
emprendímos nuestra marcha.
Pero como la justicia
nunca vive descuydada,
hace dias que á nosotros
con gran secreto obserbaba.
Y aunque el rio llevó al mar
al que dimos muerte infausta,
rastro de sangre se halló
en el umbral de mi casa.
Al punto requisitorias
la justicia despachaba,
y ántes de salir del reyno,
nos cogiéron en la cama.
Rabioso mi compañero
como un Neron blasfemaba,
maldiciendo hasta de Dios
y de sus santos y santas.
Yo que no era tan perverso,
ni la maldad me gustaba,
de un grande remordimiento
sentí apoderarme el alma.
Fuertes grillos nos pusiéron,
y con rigor nos ataban;
y por la furia del otro
yo tambien palos llevaba.
Tragéronnos de esta suerte
á Sevilla nuestra patria,
donde un público suplicio
sin faltar nos aguardaba.
Cuando en la cárcel me ví,
toda mi persona atada,
y que remedio en la tierra
para mí no se encontraba,
Ymagínese el lector
en tan terrible desgracia,
cual seria la afliccion
que el corazon me ocupaba.
Cuando de mi triste vida
los momentos repasaba,
solo veía delitos,
vilezas y acciones malas.
Cojióme un tan gran temblor,
que yo mismo me espantaba,
y recelé por mi vida
ántes que me sentenciaran.
Casi dormir no podia,
que á todas horas lloraba,
y en altas voces á Dios
misericordia imploraba.
Llamar hice á un confesor,
hombre de vida muy santa,
y este con sabios consejos
mis angustias sosegaba.
Díjele que cada dia,
aun en mi vida tan mala,
siempre á la vírgen Maria
mil padre nuestros rezaba.
Y entónces me aseguró
que si yo con toda el alma
pedia perdon á Dios
de mis maldades pasadas,
Aunque la vida perdiese
con vil muerte deshonrada,
Dios me daria lugar
en su corte sacrosanta.
Mucho me tranquilizó,
pero me desazonaba
el que en una horca debiese
acabar mi vida infausta.
Me acordaba á todas horas
de mi tierna madre amada,
y de aquellas devociones
que en mi niñez me enseñaba.
Ella me decia siempre:
hijo, el que estas cosas haga
estará del todo libre
de morir de muerte mala.

Col. Compte

De esto me acordaba siempre;
pero siguiendo mi causa,
de morir en alta horca
fué mi sentencia firmada.
Pasóse á la ejecucion,
y yo á mi madre clamaba,
porque por mí intercediera
con la vírgen soberana.
Muerto ya mi compañero,
yo solamente faltaba,
y el dogal me echó el Verdugo,
y al salto se preparaba.
Mis actos de contricion
caridad, fé y esperanza,
cuales serian entónces
no es cosa para esplicada.
A la Virgen acudia,
y su socorro clamaba,
cuando me arrojó el verdugo,
para darme muerte infausta.
Mas quiso mi buena suerte
y de Dios la madre santa
que se rompiese el dogal,
y la Sangre me amparara.
Lleváronme al hospital,
pusiéronme en una cama;
pues daba señas de vida,
aunque sin sentido estaba.
De aquel acontecimiento
toda la Ciudad hablaba,
y la gente á todas horas
venia á verme en la cama.
Muchos fuéron los remedios
que en el hospital me daban;
pero á pesar de su empeño
mi muerte se aprocsimaba.
Una mañanita hermosa,
que apenas nacia el alba,
de luces y resplandores
ví llena toda la sala.
Y como si en medio de ella
una gran Reyna llegara,
vi la muger mas hermosa
que se vió en figura humana.
Que era la virgen Maria
al punto me anunció el alma,
y me puse de rodillas.
aunque sin fuerzas estaba.
Me pareció oir entónces
una voz suave y blanda,
que me dijo: Ya tus culpas
quedan, Julian, perdonadas.
Del Cielo irás á gozar
que yo rogué por tu alma,
y á pesar de tus delitos
tu devocion hoy te salva.
Siete dias vivirás,
y despues de ellos te aguarda
la madre de pecadores
en su corte soberana."
Lleno de gozo á tal nueva,
iba á arrojarme á sus plantas,
mas desapareció todo,
y me hallé tendido en cama.
Presumí que era vision,
y que mi muerte llegaba;
y por tan alto favor
daba á la vírgen mil gracias.
Hice mi historia escribir
en mi última semana,
para que de ejemplo sirva
al que lleva vida mala;
Y paraque en vista de ella
todo Cristiano y Cristiana
de la vírgen sea devoto
y tenga fé y esperanza;
Que si alguna vez se aleja
de obrar como Dios nos manda,
su madre estará pidiendo
porque le vuelva á su gracia.
Y así todos los que oyeren
esta relacion ecsacta,
aprendan á ser devotos
de la vírgen soberana;
Que así como me libró,
y su gloria me prepara,
á todo devoto suyo
le logre la misma gracia.
Y nos veamos un dia
en la celestial estancia,
disfrutando para siempre
de su presencia sagrada.

F I N.

Btrcelona: Imprenta de Ignacio Estivill, calle de la Boria.
CON LICENCIA: abril de 1831.